



APUNTES SOBRE CHINA

Desde América Latina

Silvia Mercado

Prólogo por:
Siegfried Herzog



RELIAL
RED LIBERAL DE AMÉRICA LATINA



Sobre la Autora

Silvia Mercado A.


Tiene un PhD en Historia del Pensamiento, una Maestría en Periodismo y Medios de Comunicación y una Licenciatura en Comunicación Social.

Trabajó como docente, periodista, corresponsal, editora de revistas y responsable de comunicación en diferentes organismos internacionales.

Desde 2012 es Coordinadora de la Red Liberal de América Latina para la Fundación Friedrich Naumann para la Libertad en Ciudad de México.

ÍNDICE

Prólogo	pag. 5
Presentación	pag. 7
China, fin del <i>soft power</i>	pag. 8
El chip cultural de la vigilancia	pag. 9
Desafiando a China	pag. 11
¿La paz en manos de China?.....	pag. 13
México y su distancia con China.....	pag. 14
Censura es censura aquí, allá o en China.....	pag. 15
China: <i>sportswashing</i> y derechos humanos.....	pag. 17
Apertura y tecnología, el modelo de Taiwán	pag. 18
Xi Jinping, el más poderoso de una superpotencia	pag. 19
El valor de Taiwán	pag. 21



Con la llegada de Xi Jinping al poder este periodo de libertad limitada acabó. Su régimen adoptó un perfil mucho más coercitivo; destruyó la sociedad civil que aún resistía; realizó brutales represiones en el Tibet, y arremetió brutalmente contra la minoría de los Uigures en Xinjiang al encarcelar a cerca de un millón de personas en campos de reeducación. Tanto en El Tibet como en Xinjiang, la represión estuvo intersectada por motivos religiosos..

PRÓLOGO

Siegfried Herzog,

Director de la Fundación Friedrich Naumann para América Latina

La historia de China en los últimos 100 años ha sido extraordinaria. Después de la caída del imperio en 1912 hubo una guerra civil en los años 20 y 30 seguida de la brutal invasión de Japón en el contexto de la Segunda Guerra Mundial. Entre 1945 y 1949 la guerra civil continuó hasta culminar con la victoria del Partido Comunista liderado por Mao Tse-Tung sobre todo el país, salvo la isla de Taiwán, donde sobrevivieron los Nacionalistas.

China se convirtió en una dictadura comunista extremadamente violenta, marcada por una hambruna producto del “Gran Salto Adelante”, decisión política que mató entre 15 y 55 millones de personas en los años 50, y, por si fuera poco, una ola de terror y destrucción a través de la Revolución cultural.

El país tomó una dirección mucho más pacífica y constructiva bajo el liderazgo de Deng Xiaoping, quién tomó el poder en 1978 después la muerte de Mao. Xiaoping abrió la economía hacia el emprendimiento privado y permitió una explosión de energía económica en China. Sin embargo, al mismo tiempo, el partido continuó su monopolio de poder, y el movimiento democrático de Tiananmen Square fue aplastado con tanques, lo cual derivó en la eliminación de cientos de demócratas. A pesar de ello, el sistema político cambió un poco: se marcaron ciertos límites para los liderazgos del partido, espacios para la sociedad civil y una discusión un poco más abierta sobre temas políticos.

Con la llegada de Xi Jinping al poder este periodo de libertad limitada acabó. Su régimen adoptó un perfil mucho más coercitivo; destruyó la sociedad civil que aún resistía; realizó brutales represiones en el Tibet, y arremetió brutalmente contra la minoría de los Uigures en Xinjiang al encarcelar a cerca de un millón de personas en campos de reeducación. Tanto en El Tibet como en Xinjiang, la presión estuvo intersectada por motivos religiosos..

Externamente remarcó su modo agresivo de hacer política al destruir las libertades de Hong Kong violando los tratados internacionales sobre el estatus de la ciudad a la par que ejecutaba una amenazante política de militarización hacia Taiwán.

Esta breve reseña histórica demuestra que la esperanza que muchos tenían de una posible liberalización de la dictadura China no se realizó. Hoy enfrentamos a un régimen que, bajo el liderazgo de Xi Jinping, es aún más represivo, más agresivo y mucho menos transparente.

No es tan malo como en los tiempos de la China de Mao, por supuesto, pero la China de Mao estuvo más aislada y fue mucho menos poderosa; ahora China es la segunda economía más fuerte del mundo y posee además un poder militar importante.

En los últimos años hizo una alianza más cercana con Rusia con la meta de confrontar las democracias liberales y apoyar gobiernos autoritarios. Asimismo, incrementó sus inversiones y cooperaciones internacionales, sobre todo bajo su iniciativa de Belt-and-Road para crear una nueva “ruta de la seda” con conexiones de transporte y comercio en el área de Eurasia.

Para asegurar el acceso a materias primas y productos de agricultura invirtió también en África y América Latina, sobre todo a través de créditos. Para muchos gobiernos esta forma de “cooperación” resultó atractiva, dado que China no puso requisitos ni demandó transparencia en los contratos. De hecho, no exigió demasiadas condiciones de contabilidad, cuidados al medio ambiente o la democracia; lo que sí hizo fue preocuparse por demandar tasas de interés mercantil y así esperar que los países pagaran sus deudas.

Si no pueden pagar, China tiene la posibilidad de tomar control de puntos importantes de infraestructura como lo hizo en Sri Lanka. Lo último es un ejemplo preocupante dado que el gobierno de los hermanos Rajapakse, fuertemente apoyado por China, terminó en un caos político y económico. Esta observación demuestra que la cooperación china en muchos países está reforzando tendencias autoritarias y antidemocráticas. La situación debe preocupar a los liberales que trabajamos para construir sociedades alrededor de instituciones, Estado de derecho, derechos humanos, economía de mercado y democracia.

Asimismo, China también quiere influir el discurso en diferentes países para desacreditar las democracias liberales, empujar el tema de soberanía nacional en vez de derechos humanos universales y, a través de sus institutos Confucio, dirigir y censurar investigaciones académicas sobre China.

Algunos estudiantes que critican ciertas políticas de China o su narrativa histórica no reciben visas para visitas de estudio, afectando de una manera fundamental la libertad académica. Temas como la represión de los Uighurs, los Tibetanos, los adherentes de Falung Gong o las iglesias cristianas están bajo censura.

Por otro lado, China quiere excluir a Taiwán de todos los foros internacionales y sigue amenazando a la isla con una posible invasión. Los ciudadanos de Taiwán claramente quieren vivir en un país democrático con sus libertades y derechos protegidos y la comunidad internacional prefiere que China no se imponga de una manera violenta. La guerra de invasión imperialista de Rusia contra Ucrania nos muestra claramente que las perturbaciones continúan en todo el mundo. La posición estratégica de Taiwán en la producción de semiconductores, provocaría consecuencias devastadoras para todo el mundo en caso de que se diese una guerra.

Estas son algunas razones por las cuales los liberales en América Latina deberían informarse más sobre el tema de China – la trayectoria de su sistema político, su estrategia de comunicación, la influencia de China en nuestra región, sus promotores y sus riesgos. La competencia creciente entre China y los Estados Unidos va a confrontar a América Latina con más y más decisiones sobre su posicionamiento económico y político.

Profundizar nuestro entendimiento de esta dinámica global es una necesidad. Esta publicación es una contribución inicial a esta conversación estratégica.

Presentación

“La época en que la nación china podía ser intimidada y abusada por otros se ha ido para siempre. Solo el socialismo puede salvar a China, y solo el socialismo con características chinas puede desarrollar China”

Xi Jinping, 1ero de julio de 2021.

Quizás este episodio, el centenario de la fundación del Partido Comunista Chino (PCCh), fue uno de los primeros acontecimientos que me motivó a investigar, escribir y a hacer algo de ruido en torno a China. Pensemos en los cien años del partido comunista chino, y con todo lo que el comunismo significa. Mientras China, cada vez más poderosa, más presente, más cerca y más adentro. Más que reflexiones tal vez fueron preocupaciones iniciales que buscaban ser pasadas en limpio, discutidas o al menos compartidas. Así surgieron los primeros artículos, a fines de 2021, aún en pandemia, lejos de imaginar que en los primeros meses de 2022 Rusia invadiría Ucrania y que China cobraría un protagonismo geopolítico enorme.

Tampoco fue una gran sorpresa que, ya que estábamos en el tema, se especule con una posible invasión de China a Taiwán. Ya para entonces los asedios y los ejercicios militares de amenaza bélica contra la isla eran una constante en la prensa internacional; lo que de pronto no parecía estar tan presente es el sigiloso avance de China en América Latina, con aliados en los gobiernos, con socios en las industrias, a través de préstamos, contratos, arreglos, becas, visitas diplomáticas. Ganando terreno incluso en las universidades y en la narrativa de los intelectuales aprovechando los sentimientos antinorteamericanos que parecen ser parte del ADN latinoamericano.

Ciertamente, los modos del partido comunista chino y su estrategia de soft power demostraron ser eficientes: América Latina abrió las puertas a la presencia, sino influencia, y no deja de celebrarla como “cooperación”. Es alrededor de esta preocupación que las siguientes páginas van presentando temas que tienen que ver con la situación de los derechos humanos en China, por supuesto la censura, los usos de la tecnología para el control de los ciudadanos entre otros aspectos que deberían estar llamándonos la atención. Los artículos a continuación buscan advertir que el Partido Comunista Chino está más cerca de lo que quisiéramos aceptar.

Silvia Mercado.





China: ¿fin del soft power?

En los últimos meses, las noticias relacionadas con China tienen que ver con tensión, invasión y hasta guerra. Es su peor momento en cuanto a imagen global en décadas. La estrategia de *soft power*, que durante años pretendió generar confianza y lograr apoyo a los objetivos chinos, podría no ser suficiente si se considera sus fuertes vínculos con Rusia y su potencial (y quizás inminente) ataque a la isla de Taiwán.

China dio un giro en sus relaciones con el mundo sobre todo después de la muerte de Mao Zedong (1976) y del fin de la Guerra Fría (1976-1978). Hizo importantes esfuerzos en materia de desarrollo económico y perfiló su misión alrededor del concepto de «Ascenso Pacífico», la política oficial del gobierno de China cuyo discurso buscó persuadir en torno a que su poder político, económico y militar no significaba una amenaza a la paz y la seguridad internacional. Pero sobre todo puso en marcha su estrategia diplomática de carácter blando, es decir, *soft power*: trabajar sobre la percepción del otro; a propósito, es interesante la metáfora que utiliza Joseph S. Nye, en su artículo “*Soft power: the evolution of a concept*” (2021), parafraseando: mientras el poder duro (*hard power*) es empujar, el poder suave (*soft power*) es atraer. Esta estrategia buscó colocar a China en la agenda multilateral, crear vínculos bilaterales (visitas diplomáticas de Estado y visitas directas al extranjero), presentar al gigante asiático como un espléndido oferente de proyectos de infraestructura –hablamos de la Iniciativa *Belt and Road* (BRI) o conocida como la Nueva Ruta de la Seda, el megaproyecto chino que ya involucra a más de 70 países–, y con particular cuidado y esmero propiciar acercamientos culturales como la red de Institutos Confucio.

¿Quién podría cuestionar la imagen del sabio pensador chino, o por qué se pondría en duda el desinterés y generosidad de que China ofrezca programas que den a conocer su cultura y su idioma? En principio, por supuesto, es una oferta para celebrar, además ¿cuál sería la diferencia con la Alianza Francesa, el Instituto Goethe, o el British Council? Esencialmente que los Institutos Confucio –en actividad desde 2004 y ya desplegados en al menos 162 países con más de 500 filiales– se insertan dentro de las universidades como “centros de extensión”, lo que les permite ofrecer salarios de planta, fondos para becas de investigación, gastos de viaje de los profesores y viajes de estudios a China. Todo esto suena a maravilla, pero lo que no debe pasar desapercibido es quién está detrás y con qué intenciones. El patrocinio oficial de este programa viene de parte del Ministerio de Educación del Partido Comunista Chino (PCCh) por lo que sería ingenuo negar la agenda política de fondo en aras de mejorar la imagen pública de China. Es oportuno recordar lo que Xi Jinping anunció en sus primeros discursos: “Deberíamos profundizar y dilucidar mejor las excelentes características de China. [Destacar] la cultura tra-

China dio un giro en sus relaciones con el mundo sobre todo después de la muerte de Mao Zedong (1976) y del fin de la Guerra Fría (1976-1978). Hizo importantes esfuerzos en materia de desarrollo económico y perfiló su misión alrededor del concepto de «Ascenso Pacífico», la política oficial del gobierno de China cuyo discurso buscó persuadir en torno a que su poder político, económico y militar no significaba una amenaza a la paz y la seguridad internacional.

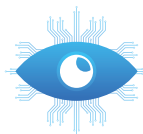
dicional, y hacer mayores esfuerzos para transformar y desarrollar creativamente las virtudes tradicionales chinas, promoviendo un espíritu cultural que trascienda el tiempo y las fronteras...” [Sesión Plenaria del XVIII Comité Central del PCCh, 2014]. Una vez más, ¿por qué desconfiar de esta motivación de carácter cultural si no espiritual?

Evidentemente, no se trata de cuestionar las creencias, las tradiciones, las costumbres y las expresiones artísticas, sino aquello que China —y sobre todo Xi Jinping— quiere ocultar a toda costa: por ejemplo los crímenes de lesa humanidad contra uigures y otras minorías musulmanas, como ya denunció *Human Rights Watch* en un reporte que da cuenta de una serie de delitos que van desde detenciones arbitrarias masivas, desapariciones forzadas, vigilancia permanente, separación de familias, hasta violencia sexual entre otras atrocidades; o el tráfico de órganos que son extraídos de los presos de conciencia que el régimen mata en la más cómoda impunidad... Hay muchos temas pesados de actualidad que Pekín quisiera tapar. De allí la sospecha de que la red de Institutos Confucio pueda no solo atentar contra la libertad académica sino llevar propaganda directa a las universidades. Una nueva generación —de la que dependerá el futuro y el poder global— se está formando en medio del sesgo y la desinformación además de la censura. Si los próximos académicos, profesionales e intelectuales reciben becas, favores y financiamientos de parte del régimen chino, habrá menos posibilidad de crítica y por supuesto de libertad de pensamiento.

Hoy (2 de agosto) con la visita de la presidenta de la Cámara de Representantes de EE.UU., Nancy Pelosi, a Taiwán, el Ministerio de Asuntos Exteriores de China informó que se realizarán operaciones militares en torno a la isla y, concretamente, amenazó: “Los que juegan con fuego se quemarán”. Parece que la China de Xi Jinping mostrará sus verdaderos colores y su *hard power*.



El chip cultural de la vigilancia



Es más cómodo pensar que estamos lejos de vivir bajo esquemas de vigilancia y control como en China. “Imagínate, allá es otra cosa, allá el gobierno utiliza la inteligencia artificial para rastrear en todo momento, colocan chips a los uniformes de los niños para monitorear si se quedan dormidos... otra cosa, ciencia ficción” y listo, cambiamos de tema. Pero... realmente, ¿estamos tan lejos?

De acuerdo con un reporte de *Comparitech*, *Surveillance camera statistics: which cities have the most CCTV cameras?*¹, 16 de las 20 ciudades más vigiladas (según el número de cámaras por cada 1000 habitantes) se encuentran en China. También dice que, a nivel mundial, ya hay 770 millones de cámaras en uso, y que el 54 % de ellas están en China. En teoría, todos estos aparatos están dispuestos para prevenir el delito y monitorear el tráfico, por tanto, en cuanto a su propósito, no habría mayor diferencia con cualquier capital en América Latina. Cámaras donde se pueda, solo que en China más y, además, muchas de ellas centralizadas a un sistema de reconocimiento facial.

¹ <https://www.comparitech.com/vpn-privacy/the-worlds-most-surveilled-cities/>

El gobierno chino lleva la delantera en el uso de tecnología para la recopilación de datos personales en combinación con algoritmos funcionales a sus objetivos autoritarios. Con esa visión está perfeccionando su “sistema de crédito social” (SCS) el cual buscará monitorear y “mejorar” el comportamiento de los ciudadanos. ¿Cómo funcionará? Este sistema –de hecho, ya implementado en algunas de sus fases— no es muy distinto a cualquier otro sistema de calificación para un crédito en cualquier banco en nuestro continente, nada más que en China se pretende que “el sistema” vaya un poquito más allá; es decir, que además de contar con información financiera de sus clientes, tenga un acceso más intrusivo en la vida de las personas, como su historial de compras, sus interacciones sociales y actividades políticas, por ejemplo.

El plan es que, a través de este SCS, cada ciudadano tenga un “score”, un puntaje que irá variando de acuerdo a su comportamiento y funcionará proporcionando recompensas y castigos. A la fecha ya existen listas negras de individuos a quienes, “por su mal comportamiento”, ya se le redujo el crédito y con ello una serie de restricciones, desde conseguir un boleto de avión hasta una cita médica².

No cabe duda de que estamos hablando de un flagrante atropello a las libertades individuales y al derecho a la privacidad y la dignidad de cada persona, pero el gobierno chino argumenta que se trata de “fomentar la honestidad entre los ciudadanos”, y por supuesto “acabar con la corrupción”, lema que Xi Jinping –desde sus inicios en el poder— emplea estratégicamente tomando en cuenta que la honestidad es una virtud moral esencial en la cultura china, así como es de vital importancia cuidar la reputación y la posición social.

El punto es que el discurso cultural detrás de este sistema de crédito social parece ser efectivo, apela a la necesidad de confianza y se vende como una solución a la crisis de deshonestidad. Tal y como se puede vender cualquier otro sistema de control e ingeniería social que ofrezca, mejor dicho, que “garantice” seguridad.

En su artículo *We're just data: Exploring China's social credit system in relation to digital platform ratings cultures in Westernised democracies*, Karen Li Xan Wong y Amy Shields Dobson, de la Universidad Curtin de Australia, advierten que: “Aunque no hay sistemas tan completos como el SCSP³ de China que se están implementando en los países democráticos occidentales en el corto plazo, ya existen culturas y estructuras similares. Sistemas de puntuación de crédito como los puntajes FICO⁴ ya son obligatorios y están en uso”. Los gobiernos de América Latina, sin rendir debidas cuentas a nadie, están apurando el paso para proveerse de tecnología de vigilancia producida en el exterior [generalmente en China] con la obvia excusa de mayor seguridad. El informe *Tecnología de vigilancia en América Latina*⁵ resalta que el uso arbitrario y poco

² China clasifica a los buenos y malos ciudadanos a través del crédito social: https://www.youtube.com/watch?v=pZu9N-3yn_M

³ Social Credit System Program

⁴ FICO es un tipo de puntaje crediticio clave en el informe de solicitante de un préstamo

⁵ <https://www.accessnow.org/cms/assets/uploads/2021/09/vigilancia-latam-espa.pdf>

transparente de estas tecnologías implica una potente amenaza a los derechos humanos, ya que brinda “a las autoridades la capacidad de identificar, seguir, individualizar y rastrear a personas adonde sea que vayan, socavando los derechos a la privacidad y a la protección de los datos personales, el derecho a la libertad de reunión pacífica y de asociación...” remarca también que “La pandemia de COVID-19 ha dado a los gobiernos una nueva excusa para desplegar herramientas de vigilancia peligrosas en nombre de la seguridad pública, aunque fallen en proteger los derechos humanos”.

Vemos entonces que China está realmente lejos solo en lo que refiere a kilómetros de distancia. Porque si hablamos de cimientos culturales, de infraestructura base y hasta de acceso a tecnologías para sistemas de control y vigilancia, estamos más cerca de los que quisiéramos imaginar. El *delay* está en la sofisticación y eficiencia de estos sistemas y en la manera abiertamente más autoritaria de su implementación allá, mientras acá todavía velada. Porque el “chip” cultural, por el cual consentimos estar vigilados y que nos hace clamar por seguridad ya lo tenemos incorporado.



Desafiando a China

Comentarios y apreciaciones sobre Challenging China: *Smart Strategies for Dealing with China in the Xi Jinping Era*, lo más reciente de Sam Kaplan. Un libro clave para entender China y su estrategia expansionista.



Debemos estar preocupados, el nuevo orden de poder mundial puede depender de China, o más bien del Partido Comunista Chino (PCCH). De hecho estamos un poco tarde frente a una situación que debió haber activado alertas quizás desde 2012, cuando Xi Jinping asumió el poder con perfil claramente autoritario y una agenda expansionista. Este es uno de los puntos de referencia alrededor del cual Sam Kaplan, autor de *Challenging China* (Tuttle, 2021), ofrece un completo estudio para comprender el contexto geopolítico y analizar estrategias para lidiar con China en la era de Xi Jinping.

Hay que destacar que Kaplan no es apocalíptico. Sencillamente hace notar que China tiene más poder que hace 30 años y que naturalmente está ganando terreno e influencia ya que tiene el tamaño y la estructura económica para lograrlo. Al señalar que China busca un cambio en el orden global, se refiere a que el gobierno del PCCH pretende que el mundo adopte sus intereses así como sus prácticas autoritarias. No se puede ocultar que en los últimos años la situación de los derechos humanos es cada vez más crítica para los activistas o como para cualquier ciudadano que tiene prohibida la libertad de asamblea y por supuesto la libre navegación en Internet. Aunque sobre el punto, Xi Jinping ya había advertido que el Internet no sería un espacio exento de regulación o control. El caso es que la censura es más radical desde 2019; el miedo a la libre información ha hecho que noticias internacionales sean casi imposibles de acceder.

Otro tema que el autor analiza con claridad es el crecimiento económico de China; para ello, primero explica que la economía no es un pastel sino un pastelería. “Si China continúa creciendo económicamente, no significa que haya menos porciones para los estadounidenses o el resto del mundo. Significa que hay más pasteles para que comamos el resto de nosotros, o

bizcochos o galletas, para los que no les gustan los pasteles”. Es razonable aceptar que el crecimiento económico de China es un beneficio para el mundo y que esta bonanza le ha permitido convertirse en un referente de innovación, inteligencia artificial y biotecnología; el asunto no está en cuestionar estos avances, sino en prever lo que el PCCH puede hacer con ellos considerando que su agenda política está por encima de la ética y el respeto de cualquier límite.

Aterrizando en una de las preguntas centrales del libro: ¿qué hace que China sea un problema para el mundo? Kaplan señala que su política internacional agresiva, su gobierno autoritario y su actitud económica no menos que bélica. A esta combinación, agrega el autor, un agravante adicional es que el protagonismo de China es proporcional al retroceso de Estados Unidos en el escenario de liderazgos internacional. Siendo aún más puntual, sorprende diciendo que China es el futuro mientras Estados Unidos el pasado: “Estamos en el siglo asiático, el siglo XX puede haber sido el estadounidense, pero eso es ver 20 años en el espejo retrovisor. Es el éxito de su economía lo que le permite a China exportar sus valores dominantes, y esa la razón por la cual el resto del mundo parece estar dispuesto a seguir su modelo”.

Sin embargo, a pesar de repasar las ventajas con las que corre el gigante asiático, el libro es una invitación a pensar con inteligencia y perspectiva. Kaplan empieza por casa; dice que Estados Unidos debe ser y demostrar ser más exitoso y ejemplar en todos los sentidos. Además debe buscar y consolidar alianzas, sobre todo con quienes comparte preocupaciones como es el caso de la Unión Europea, quienes también condenan el robo de propiedad intelectual, la falta de transparencia en los contratos y, en general, las políticas proteccionistas que hacen muy difícil la relación con China. Por otro lado, no hay que perder de vista la no popularidad de China; hoy más que nunca el mundo no confía en Xi Jinping, ¿el principal motivo? que cada día se posiciona como el agresor número uno de los derechos humanos.

Con cierto optimismo, el autor también invita a reflexionar que la creciente represión por parte de China es un síntoma de debilidad, no de fortaleza, a tomar en cuenta que si sus líderes confiaran plenamente en su sistema y en su capacidad para mantener el poder, no habría necesidad de censurar Internet, encarcelar a los defensores de los derechos humanos, instalar un sistema de entierro para 2 millones de Uyghurs, destruir el patrimonio cultural del Tíbet, entre otras medidas no menos que cobardes.

Desafiar a China no será fácil. A diferencia de otros regímenes autoritarios, tiene el dinero y el tamaño; además tiene apuro en consolidar influencia y “difundir un orden mundial amigable con China para suplantarlo al orden liberal”. Frente a ello, lo último que debe hacer Occidente —o en realidad todo aquel que esté del lado de la libertad— es menospreciar el sistema democrático en el marco del cual respetamos los derechos humanos, las leyes y las reglas comerciales; es más, debemos redoblar esfuerzos para que China adopte reglas de mercado, tanto para vivir en armonía con la comunidad internacional como para las próximas generaciones de su propia gente.

¿La paz en manos de China?

“Ten la apariencia de una flor inocente, pero sé la serpiente que acecha debajo”

William Shakespeare



China quiere salir exenta de toda culpa frente a la dramática situación en Ucrania. Se declara neutral, deplora la violencia y considera que la solución está en el diálogo; evita señalar que el ataque ruso fue una invasión y prefiere hablar de diplomacia, colaboración y paz. Esta pseudo-neutralidad pro-rusa, no alcanza para ocultar que hace pocas semanas Xi Jinping y Vladimir Putin posaban en una foto que no merecía otro título que “juntos desafiando al occidente” luego de jurarse “amistad sin límites” ni “áreas prohibidas de cooperación”.

Pero ahora China quiere hablar de paz y dejar el tiempo pasar; evade los pedidos del concierto internacional que le reclaman ejerza de una vez su enorme influencia. Como sugieren algunos analistas citados en el semanario *The Economist*, el temor es que China haya decidido “sentarse y observar el desastre”; es más, es posible que esta espera le juegue a su favor: a corto plazo, a sacar provecho económico de los bloqueos y sanciones a Rusia (siendo su único gran aliado China puede agenciarse tanto sus exportaciones como sus importaciones), y a largo plazo encontrar el momento oportuno para ofrecerse a reconstruir las ciudades destrozadas en Ucrania.

Mientras tanto, el gobierno de Xi Jinping dilata y disimula orquestando situaciones diplomáticas poco útiles como la llamada de su canciller Wang Yi a su homólogo ucraniano, Dmytro Kuleba, para decirle que “China está dispuesta a seguir desempeñando un papel constructivo a su manera”, cuando en realidad lo que se espera es una comunicación oficial de parte del Sr. Xi al presidente ucraniano Volodymyr Zelensky ofreciéndose a negociar con Rusia un alto al fuego. Eso sí sería hacer algo por la paz y aún así ya estaría tarde; si China hubiera querido paz, hubiera levantado su potente voz antes o por lo menos de inmediato a la invasión rusa a Ucrania.

El caso es que, a la fecha (7 de abril) se registran “3.893 bajas civiles en el contexto del ataque armado de Rusia contra Ucrania: 1.626 muertos, incluidos 132 niños; 2.267 heridos, incluidos 197 niños, en su mayoría causados por bombardeos y ataques aéreos; se estima que el número real sea más alto”, de acuerdo al último reporte en redes de @UNHumanRights. Demás está comentar lo cruel e injusto de este escenario, sobre todo cuando ya hay indicios de posibles crímenes de guerra y genocidio al haberse encontrado cuerpos de civiles esparcidos en las calles y en fosas comunes, situación que derivó en que este jueves 6 de abril la Asamblea General de Naciones Unidas vote en favor de suspender a Rusia de su Consejo de Derechos Humanos por las “violaciones y abusos graves y sistemáticos” cometidos durante la invasión rusa a Ucrania. Solo 24 países votaron en contra (93 a favor, 58 abstenciones); China y, entre otros, Bielorrusia, Siria, Cuba, Nicaragua votaron en contra. Por supuesto, ¿de qué otra manera podrían expresar mayor complicidad los autoritarismos del mundo? “Peligroso precedente” argumentan los funcionarios del Partido Comunista de China condenando que esta nueva sanción contra Rusia es una manera de “politizar la temática de los derechos humanos y tampoco usarla como herramienta de lucha”.

La pregunta es con qué autoridad moral puede China opinar sobre “la temática”, si el tratamiento a los derechos humanos en ese país es de los peores del mundo: acoso, hostigamiento e intimidación, juicios injustos, censura, detenciones masivas y arbitrarias, tortura entre otros abusos son parte del repertorio constante de denuncias de activistas y abogados, quienes lamentablemente escuchan muy poco eco de sus demandas.

Imposible que los intereses y las ambiciones del autoritarismo se concilien con la paz; como dice Taras Kuzio, el académico británico y experto en política entrevistado por la BBC, lo más probable es que “China está muy feliz. El declive de Rusia significa su ascenso. Ellos comparten una posición en contra de Occidente pero la diferencia entre los dos países es que China es una potencia en ascenso y Rusia es una potencia en declive. Y la diferencia también es que China tiene un ejército realmente fuerte. Rusia no”.



México y su sana distancia con China



México y China cumplieron 50 años de relaciones diplomáticas; bodas de oro que se celebraron, nada más y nada menos que, el mero día de San Valentín. Por supuesto hubo festejo, mole y chop suey, además de discursos que no ahorraron palabras para brillantar “la hermandad de los pueblos”, los vínculos históricos y culturales, etc.; sin embargo, no faltaron ciertos comentarios que, en voz baja, sonaron más bien a reproche.

Buena parte de las repercusiones de este simbólico acontecimiento apuntaron a hacer notar que se están perdiendo oportunidades, o como señaló una profesora del Colmex: “México no ha tenido la suficiente voluntad para entrar en China”. En la misma línea varios académicos y diplomáticos vieron oportuna la fecha para mostrar su preocupación por “todo lo que no se está aprovechando” en el marco de las relaciones comerciales con el gigante asiático, quien posee más de un tercio del crecimiento del PIB global actual.

Lo cierto es que México y China sí mantienen gruesos intercambios en materia económica por demás importantes. De hecho, el flujo comercial en 2021 se elevó a 100 mil millones de dólares, marcando una cifra record. Por otro lado, no se puede negar que China es, después de Estados Unidos, el segundo socio comercial de México; sin embargo, también es real un desequilibrio evidente: “Lo que se importa de China ronda los 90 mil 555 millones de dólares, mientras que lo que se obtiene de las exportaciones solo 8 mil 407. Es decir, se deja déficit de 82 mil 148 millones de dólares para México”⁶. Pero en esta polémica, el reproche hace más ruido por lo que implica que China sea el socio “después de Estados Unidos”, y no necesariamente por el desequilibrio.

El punto es que acá tiene mucho que ver la posición en la que se ha decidido jugar, y la pregunta es: ¿será que México dejó pasar la oportunidad para afianzarse como un cómodo aliado de China o prefirió cuidar la relación con sus hermanos en América de norte?

⁶ [Comercio entre México-China perfila récord de 100 mil mdd en 2021](#)

México debe su estabilidad económica y por ende social al cuidadoso manejo de sus cartas en el juego del comercio exterior. Estar en paz y armonía con la vecindad del T-MEC (el tratado de libre comercio entre Canadá, Estados Unidos y México) le permitió, por ejemplo, sobrellevar la contracción global consecuencia de la pandemia de una manera no tan catastrófica. A todo esto, la propuesta del presidente Andrés Manuel López Obrador de “hacer un frente en América del Norte ante la expansión de China” no fue una locución de cualquier mañanera⁷, sobre todo cuando -con particular convicción- señaló que: “de seguir creciendo China al ritmo de los últimos 30 años, para 2051 dominará el 64,8% del mercado mundial, mientras que Norteamérica solo tendría entre el 4% y el 10%, algo que calificó como “inaceptablemente desproporcionado”⁸.

Se podrá decir muchas cosas de López Obrador, pero pues en este punto ni cómo llevarle la contra, sus proyecciones coinciden con lo que diversas fuentes expertas vienen advirtiendo: de no tomar serias medidas pronto, la economía de China se convertirá en la más grande del mundo dentro de su 10 a 15 años. No sólo el gobierno mexicano ha mostrado su clara preferencia por la integración económica con los vecinos del norte, también los empresarios no se han arriesgado a explorar el mercado chino. Por otro lado, hay que tomar en cuenta que, de acuerdo con la revista Forbes, “con la entrada en vigor en 2020 del Tratado comercial entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC) han aumentado las trabas para que las empresas chinas se establezcan en México para exportar al gran mercado de Norteamérica”.

¿Resistirá México la tentación de elevar a otro nivel su relación con China? China no va a dejar de presionar, su propósito de lograr Lachinoamérica no está lejos de concretarse. Solo en 2021 el valor total del comercio entre China y América Latina y el Caribe aumentó un 41,1% respecto a 2020. Números sin precedentes que deberían hacernos pensar en todo lo que está comprometiendo por detrás. Por eso la importancia de los países que logren mantenerse firmes y cautelosos.



Censura es censura aquí, allá o en China



Originalmente este artículo tenía pensando polemizar en torno al grotesco recorte y edición del final que los censores chinos dieron a la película ‘Fight Club’ (1999), donde el narrador (Edward Norton) jamás descubre que Tyler Durden (Brad Pitt) era producto de su propia esquizofrenia, sino que además –según el epílogo chino– Tyler fue enviado a un manicomio para recibir tratamiento psicológico y luego ser dado de alta en 2012. La intención era examinar el nivel de ridículo al que llegó la censura al quitar la magnífica escena final en la que se detonan los explosivos que destruyen los rascacielos y, en lugar de ésto, colocar una pantalla negra con el mensaje: “La policía descubrió rápidamente todo el plan y arrestó a todos los criminales, evitando con éxito que la bomba explotara”.

Pero cambiamos el rumbo. Resulta que, pasados exactamente 15 días del estreno de ‘Fight Club’ en su versión censurada, la plataforma Tencent Video, el servicio de streaming más popular en China, restauró el final original. Podríamos decir: final feliz, los usuarios del Internet “lograron ganar una batalla en contra de la censura”, o poco más “el pueblo ha sido oído”; sin embargo, tratándose de China, país cuyo gobierno se ha destacado por ser el abusador número uno de la libertad en Internet (*Freedom on the Net*, 2019), sería un poco inocente.

⁷ Mañaneras: son las conferencias de prensa que diariamente ofrece el Presidente de México.

⁸ [Comerciar o resistir: medio siglo de relaciones México-China](#) ff América economía

Obviamente, 'Fight Club' no es la primera película que fuera "adaptada" para la audiencia de China; otro ejemplo –entre muchos– es 'Bohemian Rhapsody' (2018), sobre la vida de Freddie Mercury, que también fue recortada en al menos en 10 escenas con la excusa de la "sensibilidad" en relación al VIH y a las relaciones homosexuales. Lo importante a remarcar son dos preocupaciones relacionadas: que la censura en China ya no sea un problema –es más, que sea una manera de entender y relacionarse con el gigante asiático– y que las productoras occidentales lo asuman como un costo de oportunidad.

Queda claro que China es actualmente uno de los principales mercados cinematográficos del mundo, y que eso significa muchos, muchísimos millones de dólares, pero que se acepte la distorsión de las historias para que se amolden a los patrones de un gobierno, o peor, que incluso los actores de Hollywood se subordinen y que lleguen a pedir disculpas es vergonzoso. Parece una exageración, pero aquí los ejemplos: John Cena de 'Fast & Furious' tuvo que pedir perdón en mandarín por haberse referido a Taiwán como un país y no como "parte" de China, como le gusta decir al régimen; o cuando Sharon Stone también se tuvo que disculpar por declaraciones personales en relación a la actitud del gobierno chino con el Tíbet; o cuando mejor –anteladamente– Marvel Studios para la película Doctor Strange (2016) optó por mostrar una tibetana blanca (Tilda Swinton) antes que ofender a China y poner en riesgo la proyección de la película en sus millones de salas. Evidentemente estas decisiones tiene más que ver con números que con reflexiones éticas o reparos que tengan que ver con el respecto a los derechos humanos, algo que a Hollywood y a Disney luego les urge disimular poniéndose en roles morales inclusivos y de promoción de lo diverso.

“Queda claro que China es actualmente uno de los principales mercados cinematográficos del mundo, y que eso significa muchos, muchísimos millones de dólares, pero que se acepte la distorsión de las historias para que se amolden a los patrones de un gobierno, o peor, que incluso los actores de Hollywood se subordinen y que lleguen a pedir disculpas es vergonzoso.”

Pero, siguiendo con la tendencia de convivir con la hipocresía, retomemos la polémica de 'Fight Club', que, como ya se dijo, para su estreno en plataforma streaming primero fue toscamente recortada y censurada, y luego "benevolamente restaurada" debido a las críticas de los internautas. Suena raro que ahora –en China– se empiece a escuchar los reclamos de las redes sociales, lo que naturalmente da para especular con que es muy fácil distraer a la gente con cortinas de humo y válvulas de escape. El riesgo está en que precedentes minúsculos como éste parecieran querer resolver el problema usando como medio el mismo problema. Lo que no se puede perder de vista es que el elefante rosa en la habitación es y no dejará de ser la censura, y la censura es censura aquí, allá o en China. Censurar es quitar, cortar, modificar, mutilar, limitar o simplemente y fácilmente prohibir. Por eso hoy la preocupación en torno a China. Allá el gobierno no sólo restringe el acceso a Internet, sino que vigila a sus usuarios y controla a su población en todos los aspectos de sus vidas.



China: *sportswashing* y derechos humanos

Probablemente no estaremos muy al pendiente de los Juegos Olímpicos (JJ.00) de Invierno próximos a celebrarse en febrero; sin embargo, sí debería llamarnos la atención que la sede de este evento multideportivo será China, el país campeón en violaciones a los derechos humanos.

Hay que partir por un dato: ser anfitrión de los JJ.00 o de mundiales de fútbol es sumamente costoso, los presupuestos suelen ser escandalosos y sobre todo excesivos cuando comprometen recursos públicos. Por ejemplo, según la revista MUY Negocios y Economía, tanto los JJ.00 de Invierno de Corea del Sur (2018) como los JJ.00 de Brasil (2016) costaron alrededor de 13.200 millones de euros, y se estima que los JJ.00 de Tokio 2020 no menos de 15.400 millones de dólares. Es obvio que hay grandes intereses detrás, que ojalá fueran solo económicos... pero lo cierto es que en los peores casos se trata de intereses políticos perversos que buscan utilizar el deporte para lavar historiales de crímenes y atropellos a los derechos humanos. Hablamos de *sportswashing*, expresión en inglés que alude “al lavado de imagen” a través de competencias deportivas, una práctica de algún modo frecuente en diferentes disciplinas y contextos. Sucede en las grandes ligas de fútbol, combates de boxeo, torneos de tenis y, con mayor eco últimamente, en carreras de Fórmula Uno, como fue hace poco en Bahrein, donde Amnistía Internacional hizo notar la oscura situación de los derechos humanos en ese país como en otros del medio oriente. O sin ir más lejos, cómo no mencionar la Copa Mundial de Argentina (1978) en plena dictadura militar, cuando el júbilo de los goles ocultó torturas, asesinatos y desapariciones forzadas.

El punto es que en este 2022 ocurrirán dos acontecimientos deportivos importantes y hay que estar alertas: el Mundial de Fútbol en Qatar, a realizarse en noviembre, y ahora en febrero los JJ.00 de invierno en Pekín. Para Qatar faltan meses; no obstante, es buen momento para condenar el abuso de trabajadores migrantes en la construcción de estadios, tal y como vienen denunciando grandes futbolistas, es el caso de Toni Kroos, jugador alemán del Real Madrid quien declaró en un podcast: “Los trabajadores inmigrantes están sometidos a jornadas sin descanso bajo tórridos 50 grados, sufren una alimentación insuficiente, sin agua potable y a temperaturas de locura”.

Y ya que hablamos de los juegos en Pekín, pues es China y ya son palabras mayores. Al gigante asiático le urge mostrarse como el gran anfitrión para mejorar el perfil de Xi Jinping, cuyo gobierno está acusado de haber cometido crímenes de lesa humanidad contra uigures y otros musulmanes túrquicos en la región noroccidental de Xinjiang, según recientes informes de *Human Rights Watch*.

La buena noticia es que el mundo no es del todo indiferente. Estados Unidos, Reino Unido, Australia, Canadá y finalmente Japón anunciaron un boicot diplomático como protesta por las violaciones a los derechos humanos en China. Esta medida surgió como iniciativa del presidente Joe Biden, quien ya en diciembre anunció que Estados Unidos no enviará una delegación oficial al encuentro deportivo en Pekín; lo que no quita que los deportistas estadounidenses sí puedan competir, así como los atletas de los países que se sumaron al boicot.

Es un gesto político importante, incluso de parte de líderes que podríamos cuestionar en torno a otros temas de actualidad (no vamos a hablar del covid, por lo menos no en este artículo), tal es el caso del primer ministro de Canadá, Justin Trudeau, en su cuenta de Twitter: “Canadá sigue profundamente preocupada por los informes de violaciones de derechos humanos en China. Como resultado, no enviaremos representantes diplomáticos a Beijing para los Juegos Olímpicos y Paralímpicos de Invierno. Continuaremos apoyando a nuestros atletas que trabajan duro para competir en el escenario mundial”.

El poder de China es una realidad agobiante. Lo menos que se puede hacer es aplaudir firmes posiciones que condenen al régimen comunista chino. Es más, las luces sobre Pekín deberían ser una oportunidad para que el mundo cuestione y repudie a un gobierno que ya es una amenaza global para los derechos humanos.



Apertura y tecnología, el modelo de Taiwán



Audrey Tang, la ministra digital, es la genio detrás de esta revolución democrática

Una vez más Taiwán da el ejemplo, esta vez en torno a las formas en que la tecnología puede fortalecer la democracia y dar poder a la gente. Audrey Tang, la ministra digital de la República China (Taiwán), participó en la primera Cumbre por la Democracia, iniciativa del presidente de Estados Unidos, Joe Biden. En este foro, que convocó a líderes a discutir los desafíos que enfrentan las democracias en el siglo XXI, la autoridad taiwanesa se destacó al compartir la experiencia de Taiwán en materia de democracia digital como solución para contrarrestar el autoritarismo y afirmar los valores democráticos.

La ministra Tang, quien ocupa el cargo desde 2016, es una de las personalidades más atractivas del mundo del software libre y una de las figuras políticas más interesantes del gobierno de la presidenta Tsai Ing-wen. Reconocida como “la hacker genio”, Tang y su equipo fueron piezas clave en la batalla contra el COVID-19; de hecho, hace pocos días el semanario inglés *The Economist* publicó un artículo donde la ministra relata cómo su país logró una efectiva cooperación entre los ciudadanos, las empresas y el gobierno, aprovechando incluso la crisis provocada por la pandemia.

A casi dos años de estar viviendo un mundo golpeado por incertidumbre, ansiedad e información a medias alrededor del virus y sus consecuencias, Taiwán no dejó de ser referente de calma y buenas prácticas al haber puesto en marcha su modelo de colaboración constante y su sólida infraestructura digital. Por ejemplo, cuando Taiwán se enfrentó a su primera ola de infecciones por covid-19, la comunidad gOv, un grupo de “hackers cívicos”, entró en acción; estos expertos en tecnología trabajaron intensamente en mejorar los sistemas de registro, y fue de este modo en que dieron el salto a utilizar rápidamente un nuevo sistema que permitió rastrear de manera rápida y eficiente a los contactos de posibles infectados, sin poner en riesgo la privacidad de datos personales. “Trabajamos con las cinco principales empresas de telecomunicaciones de Taiwán para desarrollar 1922 sms.

Al escanear un código QR con la cámara de un teléfono inteligente y enviar un mensaje de texto se crean y almacenan registros sin necesidad de una aplicación. Cuando sea necesario, los rastreadores de contactos pueden recuperar datos del sistema para un rastreo rápido y efectivo” explicó Audrey Tang, remarcando que este sistema – que por cierto luego se replicó en algunos países de América Latina– se creó en tan solo una semana, lo que no habría sido posible sin la asociación entre los sectores público y privado.

Este es solo un ejemplo de la experiencia de trabajo articulado y alianzas estratégicas para atender demandas sociales en la isla. Según el reporte de la autoridad taiwanesa, desde la creación de g0v en 2012, esta plataforma se ha convertido en una de las comunidades de tecnología cívica de código abierto más grandes del mundo, lo que ha permitido establecer un sistema de incentivos que consiste en subvenciones y recompensas a las propuestas que potencialmente puedan resolver problemas y beneficiar el interés público. Otra muestra del éxito de esta modalidad colaborativa son los eventos anuales denominados “hackathon”, iniciativas oficiales que convocan a expertos en tecnología, servidores públicos y miembros de la sociedad civil a formar equipos para competir a través de proyectos innovadores que conlleven a mejorar los servicios gubernamentales. En el hackathon de 2019, un grupo de ingenieros, diseñadores y representantes de ong notó limitaciones en la plataforma de datos abiertos del gobierno (data.gov.tw) y se ofreció a mejorar los procesos para dar seguimiento a las solicitudes de información; igualmente en 2020, un equipo de expertos en paisajes y datos geoespaciales propuso un esquema para identificar áreas urbanas donde se podrían plantar árboles, utilizando datos satelitales para mapear el uso del suelo y la distribución de los árboles.

La cultura democrática de Taiwán, potenciada por la gestión de su audaz ministra digital, demuestra que la creatividad y la innovación solo pueden ser cosecha de políticas públicas abiertas, competitivas y que involucren a la gente.



El más poderoso de una superpotencia

Mientras la polémica sigue girando en torno a Elon Musk “el hombre más rico del mundo”, según la revista Forbes, el hombre más poderoso consolida su supremacía y ya se advierte que el mundo quedará pequeño ante sus ambiciones.

Hay que hablar de Xi Jinping, presidente de la República Popular China, secretario general del Comité Central del Partido Comunista de China, presidente de la Comisión Militar Central... el jefe, el mesías, el padre de la nación, el hombre a quien se le asignó la “nueva era de la modernización socialista”, el líder cuyo partido le otorgó la posibilidad de mantenerse en el poder al menos hasta 2027. No menos que histórica la resolución de la sexta sesión plenaria del XIX Comité Central del Partido Comunista Chino que, como titularon diarios internacionales, “elevó al presidente Xi Jinping al nivel de Mao Zedong y Deng Xiaoping”. Y a todo esto, ¿qué tanto sabemos de Xi Jinping? Sorprenderá saber que su perfil no dista mucho de cualquier caudillo latinoamericano, que en sus discursos remarca sus raíces campesinas y no pierde ocasión para

repetir que viene “desde abajo”: “Yo también soy del pueblo llano. Fui agricultor siete años, luego me convertí en alcalde de un pueblo, de un distrito, de una ciudad y gobernador de una provincia”, comentó en alguna de sus visitas en América Latina. También es de aquellos que necesita centralizar el poder de cualquier manera y capitanear con autoridad absoluta.

Se dice que no hay rincón en Pekín donde no se halle su rostro en carteles gigantes; cuentan que Liangjiahe, localidad donde entregó su juventud al Partido Comunista, es ahora un parque temático, un lugar casi espiritual a donde se puede ir a venerarle. Ni qué decir de la inclusión de “sus pensamientos” en la mismísima Constitución en calidad de referencia teórica para lectura obligatoria, bajo el título: “Sobre el Socialismo con Características Chinas para una Nueva Era”. Claramente Xi Jinping está decidido a transformarse en un mito, y no escatima recursos ni esfuerzos para vigorizar el culto a su personalidad tanto o más que el padre de la República Popular China, Mao Zedong; demás está decir que el Sr. Xi cuenta con todo el aparato estatal, la prensa oficial y la élite de empresarios amigos del poder que no dejan de alabar su genio y figura.

Siguiendo el manual del buen populista ha izado banderas muy efectivas, por ejemplo, su política anticorrupción, a través de la cual despidió, encarceló y ejecutó a miles de funcionarios públicos; esta medida ciertamente elevó su popularidad, pero sobre todo le permitió depurar a su entorno a gusto y antojo. Y hay que mencionar su emblema distintivo: *The China Dream* que a diferencia del American Dream, el ideal de prosperidad y oportunidades para cada ciudadano, el sueño chino aspira a consolidar China como una superpotencia sin precedentes. Para puntualizar: si el sueño americano es, de alguna manera, individual, el sueño chino es inequívocamente estatal.

Por si fuera poco, este 2021 a Xi Jinping le tocó encabezar el aniversario centenario del Partido Comunista Chino; como todo lo que tiene ver con el gigante asiático: el partido más grande del mundo, con 95 millones de afiliados, uno de los más antiguos y, sin duda, el que lleva mayor tiempo en el poder. Esta celebración fue la plataforma perfecta para enviar un mensaje cuando menos intimidante: si Mao Zedong tuvo la misión de legar China unida y Deng Xiaoping China rica, Xi Jinping tiene en sus manos afianzar a China fuerte: “Nunca permitiremos que alguien intimide, oprima o subyugue a China [...] Cualquiera que se atreva a intentarlo se encontrará con su cabeza sangrientamente golpeada contra la Gran Muralla de acero forjada por más de 1.400 millones de chinos”, resonó su amenazante discurso según el reporte de la BBC. Se especula que estos “avisos”, así como las ostentosas demostraciones de armamento, van dirigidos hacia Estados Unidos, la otra superpotencia con la cual las relaciones no están en su mejor momento. La tensión se debe, sustancialmente, a las críticas que ha hecho el Pentágono al régimen de Xi Jinping por las recurrentes violaciones de los derechos humanos, la represión en Hong Kong y, por supuesto, la bomba de tiempo que supone Taiwán. Pero, para bien, la voluntad de diálogo está.

A mediados de noviembre Joe Biden y Xi Jinping entablaron un primer encuentro virtual. No se sabe en qué deparará este acercamiento; sin embargo, no están demás las intenciones, aún no sabemos si buenas o sinceras, sobre todo considerando que uno de los interlocutores es el autoritario con más poder en el mundo.



El valor de Taiwán

El mundo, y América Latina en particular, parece haber optado por subordinarse ante China poderosa sin cuestionamiento alguno. La dependencia económica esta tan real como bochornosa, y así de vergonzosa la sumisión de gobiernos y de organismos internacionales.

Con sus más de 1,411 millones de habitantes (el país más poblado del mundo), y sus 9,6 millones de kilómetros cuadrados de superficie (el cuarto país más grande del globo), a esta potencia económica y militar, una isla más pequeña que Cuba sí que le hace frente. Se trata de Taiwán, la isla valiente o mejor dicho la auténtica República de China.

Antes de entrar en materia, conviene entender –al menos en términos generales– la situación histórica y geopolítica china. Luego de la guerra civil china [1927-1949], entre comunistas y nacionalistas, la victoria fue para los comunistas a la cabeza de Mao Tse Tung; este triunfo le dio al Partido Comunista Chino el dominio de todo China continental hasta la fecha. Dadas las circunstancias, los nacionalistas se vieron obligados a refugiarse en la isla de Taiwan; desde allí, su gobierno se mantuvo afirmando ser el representante legítimo de la República de China, aunque con los años, y bajo el amedrentamiento de China Popular, fue perdiendo ese papel en el contexto internacional, como veremos más adelante.

El caso es que en el tiempo, la República de China «Taiwán» sorprendió por su rápido crecimiento resultado de la apertura de su economía, la revitalización de su industria y su paso adelantado a las innovaciones tecnológicas. Por si fuera poco, transformó su sistema político de gobierno, pasando de un régimen militar de un solo partido a una democracia multipartidista.

Hasta acá, usted dirá, ¿por qué sabemos tan poco de Taiwán?...

Actualmente, la República de China «Taiwán» se ubica en el puesto número 6 del Índice de Libertad Económica; una puntuación que le dice al mundo que Taiwán es “mayoritariamente libre”, que goza de “mercados abiertos”, de “eficiencia regulatoria” y de “Estado de derecho”. El informe de Heritage, fundación que elabora este índice, señala que estas buenas calificaciones se deben principalmente a la integridad de su modelo y de su gobierno. A todo esto hay que agregar que, de acuerdo al informe anual “People Power Under Attack 2020”, Taiwán es “el único país de Asia con un espacio cívico abierto”, lo que quiere decir que se le reconoce como ejemplo en lo que refiere a derechos humanos y libertades civiles; justamente en una región donde varios países se caracterizan por constante censura y represión a disidentes, activistas y periodistas. Y ya para rematar: la isla más próspera y libre del mundo fue pionera en tomar en serio la agenda LGBT siendo el primer país asiático en legalizar el matrimonio homosexual.

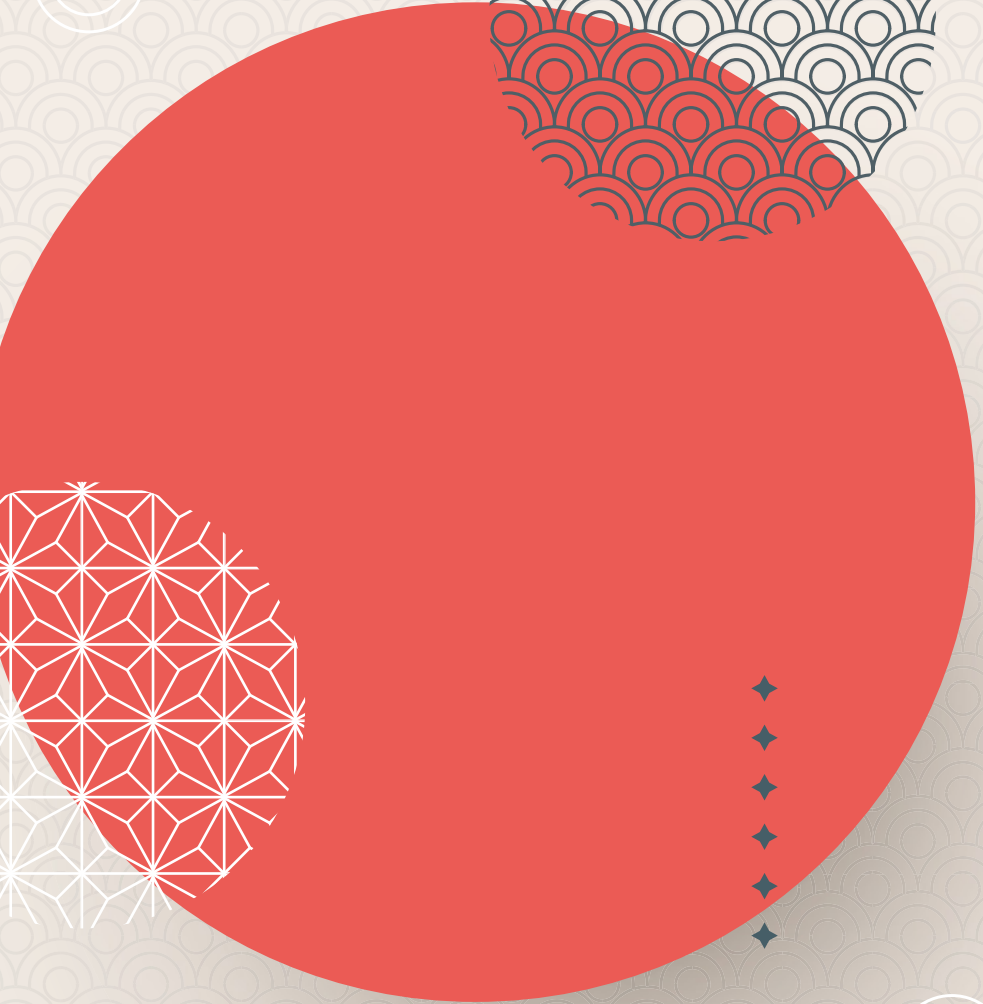
Lamentablemente, sabemos casi nada de este país ejemplar. En principio, esto se debe a que la República de China «Taiwán» no es miembro de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), ya que fue reemplazada por la República Popular China en 1971. Asimismo, porque la China poderosa rechaza entablar relaciones diplomáticas con países que sí reconozcan a Taiwán; sin embargo, dado que su potencial económico es nada despreciable, importantes países sí mantienen vínculos a través de oficinas de representación.

La República de China «Taiwán» no pertenece a la Organización Mundial de la Salud (OMS); gran error que ya nos costó muy caro considerando que Taiwán cuenta con suficiente experiencia en el manejo de crisis y epidemias; de haberse incluido a Taiwán en la OMS la batalla contra el COVID- 19 hubiera sido más efectiva y sobre todo más oportuna.

En síntesis, Taiwán está en primera línea en temas clave como la reducción del hambre, lucha contra la pobreza, sostenibilidad ambiental, y ha demostrado ser un gran aliado para mejorar las condiciones de vida de los países con más necesidades en Asia, África, América Latina y el Caribe. Es tremendamente perjudicial para el mundo que Taiwán esté restringido para participar en la comunidad internacional; es sencillamente un abuso de parte de China comunista. Taiwán es referente de libertad, democracia, Estado de derecho y respeto por los derechos humanos. Defender a Taiwán es defender estos principios.

la República de China «Taiwán» sorprendió por su rápido crecimiento resultado de la apertura de su economía, la revitalización de su industria y su paso adelantado a las innovaciones tecnológicas.







**FRIEDRICH NAUMANN
STIFTUNG** Für die Freiheit.
América Latina